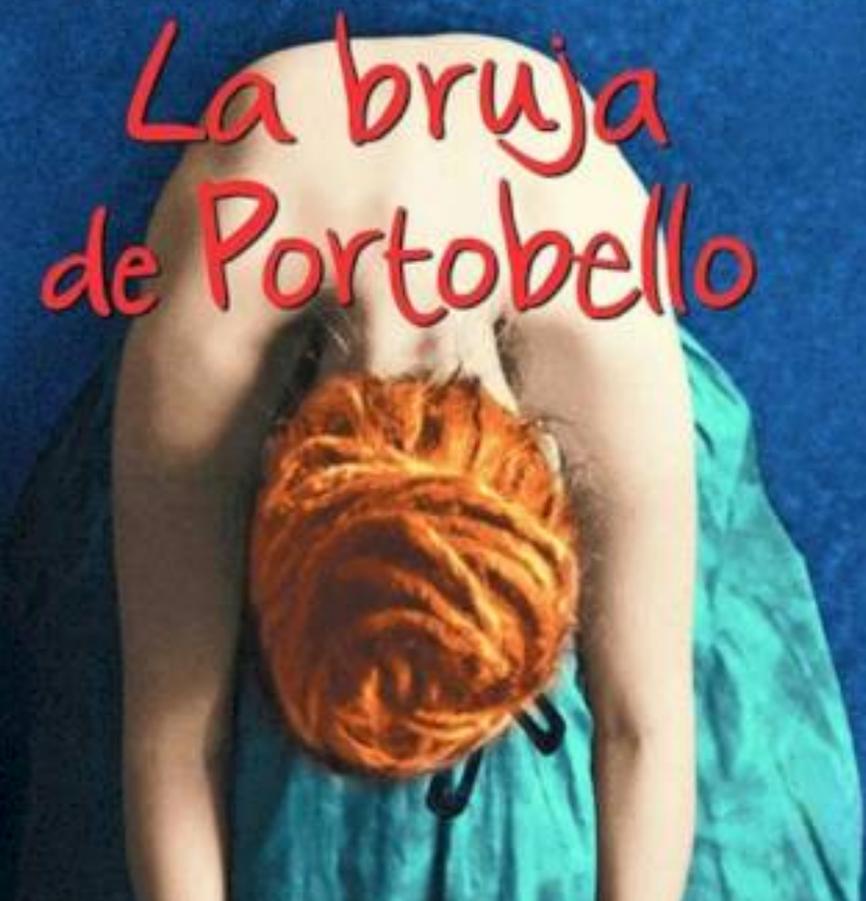


Paulo
Coelho

La bruja
de Portobello



Athena es hija adoptiva de una mujer libanesa y un próspero industrial de Beirut. Cuando se convierte en madre, no puede dejar de pensar en la mujer que la trajo al mundo y, para entender cómo pudo abandonarla, decide buscarla y emprende un viaje a Rumania. Pero un viaje nunca te lleva sólo a donde pensabas ir, y lo que Athena descubre cambiará para siempre su vida y las vidas de los que la rodean.

En *La bruja de Portobello* Paulo Coelho nos ofrece una trama fascinante y llena de intriga, a través de la cual el lector descubrirá una larga tradición basada en la fuerza femenina y en el amor. Una novela absolutamente imprescindible en el mundo de hoy.

Oh, María, sin pecado concebida, rogad por
nosotros que recurrimos a Vos. Amén.

*Para S. F. X., sol que irradió luz y calor
por donde pasó, y un ejemplo para aquellos
que piensan más allá de sus horizontes*

Nadie enciende una lámpara y la pone en sitio oculto, ni bajo el celosín, sino sobre el candelabro, para que los que entren vean el resplandor.

LUCAS, 11, 33

Antes de que todas estas declaraciones saliesen de mi mesa de trabajo para seguir el destino que yo había determinado para ellas, pensé en convertirlas en un libro tradicional, en el que se cuenta una historia real después de una exhaustiva investigación.

Empecé a leer una serie de biografías que pudiesen ayudarme a escribirlo, y entendí una cosa: la opinión del autor respecto al personaje principal acaba influyendo en el resultado de las investigaciones. Como mi intención no era exactamente decir lo que pienso sino mostrar cómo vieron la historia de la «bruja de Portobello» sus principales personajes, acabé abandonando la idea del libro; pensé que era mejor limitarme a transcribir lo que me habían contado.

**Heron Ryan,
cuarenta y cuatro años,
periodista**

Nadie enciende una lámpara para esconderla detrás de la puerta: el objetivo de la luz es dar más luz, abrir los ojos, mostrar las maravillas a su alrededor.

Nadie ofrece en sacrificio lo más importante que posee: el amor.

Nadie pone sus sueños en manos de aquellos que pueden destruirlos.

Excepto Athena.

Mucho tiempo después de su muerte, su antigua maestra me pidió que la acompañase hasta la ciudad de Prestopans, en Escocia. Allí, aprovechando una ley feudal que fue abolida al mes siguiente, la ciudad concedió el perdón oficial a ochenta y una personas —y a sus gatos— ejecutadas por practicar la brujería entre los siglos XVI y XVII.

Según la portavoz oficial de los Barones de Prestoungrange y Dolphinstoun, «la mayoría habían sido condenados sin ninguna prueba concreta, basándose solamente en los testigos de la acusación, que declaraban sentir la presencia de espíritus malignos».

No merece la pena recordar de nuevo todos los excesos de la Inquisición, con sus potros de tortura y sus hogueras en llamas de odio y venganza. Pero en el camino, Edda repitió varias veces que había algo en ese gesto que no podía aceptar: la ciudad y el decimocuarto Barón de Prestoungrange y Dolphinstoun les estaban «concediendo el perdón» a personas ejecutadas brutalmente.

—Estamos en pleno siglo XXI, y los descendientes de los verdaderos criminales, aquellos que mataron inocentes, todavía se creen en el derecho de «perdonar». Ya sabe a qué me refiero, Heron.

Lo sabía. Una nueva caza de brujas empieza a ganar terreno; esta vez el arma no es el hierro ardiente, sino la ironía o la represión. Todo aquel que descubre un don o que por casualidad osa hablar de su aptitud pasa a ser visto con desconfianza. Y generalmente, el marido, la esposa, el padre, el hijo, o quien sea, en vez de enorgullecerse, le prohíbe cualquier mención al respecto, por miedo a exponer a su familia al ridículo.

Antes de conocer a Athena pensaba que no era más que una forma deshonesta de explorar la desesperanza del ser humano. Mi viaje a Transilvania para el documental sobre vampiros también era una manera de demostrar cómo se engaña fácilmente a la gente; ciertas creencias permanecen en el imaginario del ser humano, por más absurdas que puedan parecer, y acaba usándolas gente sin escrúpulos. Cuando visité el castillo de Drácula, reconstruido sólo para darles a los turistas la sensación de estar en un lugar especial, se me acercó un funcionario del gobierno; insinuó que recibiría un regalo bastante «significativo» (según sus palabras) cuando se pasase la película en la BBC. Para este funcionario, yo estaba ayudando a propagar la importancia del mito, y eso merecía ser recompensado generosamente. Uno de los guías dijo que el número de visitantes aumentaba cada año, y que cualquier referencia al lugar sería positiva, incluso aquellas que afirmaban que el castillo era falso, que Vlad Dracul era un personaje histórico sin ninguna referencia al mito, y que todo era fruto del delirio de un irlandés (*Nota del reportero: Bram Stoker*) que jamás había visitado la región.

En aquel preciso momento, entendí que, por más riguroso que fuese con los hechos, estaba colaborando involuntariamente con una mentira; aunque la idea de mi ruta

fuese precisamente desmitificar el sitio, la gente cree en lo que quiere; el guía tenía razón, en el fondo estaba colaborando haciendo más propaganda. Desistí inmediatamente del proyecto, a pesar de haber invertido una cantidad razonable en el viaje y en las investigaciones.

Pero el viaje a Transilvania acabaría teniendo un enorme impacto en mi vida: conocí a Athena cuando ella buscaba a su madre. El destino, este misterioso, implacable destino, nos puso frente a frente en la insignificante recepción de un hotel más insignificante todavía. Fui testigo de su primera conversación con Deidre, o Edda, como le gusta que la llamen. Asistí, como si fuese un espectador de mí mismo, a la lucha inútil que emprendió mi corazón por no dejarme seducir por una mujer que no pertenecía a mi mundo. Aplaudí cuando la razón perdió la batalla, y la única alternativa que me quedó fue entregarme, aceptar que estaba enamorado.

Y esta pasión me llevó a ver rituales que nunca imaginé que existiesen, dos materializaciones, trances. Creyendo que estaba ciego de amor, dudé de todo, y la duda, en vez de paralizarme, me empujó hacia océanos que no podía admitir que existían. Fue esta fuerza la que en los momentos más difíciles me permitió afrontar el cinismo de otros amigos periodistas, y escribir sobre Athena y su trabajo. Y como el amor sigue vivo, aunque Athena ya esté muerta, la fuerza sigue presente, pero todo lo que quiero es olvidar lo que vi y lo que aprendí. Sólo podía navegar en este mundo de la mano de Athena.

Éstos eran sus jardines, sus ríos, sus montañas. Ahora que ella se ha marchado, necesito que todo vuelva rápidamente a ser como antes; voy a fijarme más en los problemas del tráfico, en la política exterior de Gran Bretaña, en la forma en la que administran nuestros impuestos. Quiero volver a pensar que el mundo de la magia no es más que un truco bien hecho. Que la gente es supersticiosa. Que las

cosas que la ciencia no puede explicar no tienen derecho a existir.

Cuando las reuniones de Portobello empezaron a descontrolarse, fueron innumerables las discusiones sobre su comportamiento, aunque hoy en día me alegro de que jamás me oyera. Si hay algún consuelo en la tragedia de perder a alguien a quien amamos tanto, es la esperanza, siempre necesaria, de que tal vez haya sido mejor así.

Me despierto y me duermo con esta certeza; fue mejor que Athena se marchara antes de bajar a los infiernos de esta tierra. Jamás iba a volver a conseguir la paz de espíritu después de los sucesos que la caracterizaron como «la bruja de Portobello». El resto de su vida iba a ser una confrontación amarga entre sus sueños personales y la realidad colectiva. Conociendo su naturaleza, iba a luchar hasta el final, a gastar su energía y su alegría demostrando algo que nadie, absolutamente nadie, está dispuesto a creer.

Quién sabe, buscó la muerte como un náufrago busca una isla. Debió de estar en muchas estaciones de metro de madrugada, esperando a atracadores que no venían. Caminó por los barrios más peligrosos de Londres en busca de un asesino que no aparecía. Provocó la ira de los fuertes, que no consiguieron manifestar su rabia.

Hasta que consiguió ser brutalmente asesinada. Pero, a fin de cuentas, ¿cuántos de nosotros evitamos ver cómo las cosas importantes de nuestras vidas desaparecen de un momento a otro? No me refiero a las personas, sino también a nuestros ideales y nuestros sueños: podemos resistir un día, una semana, algunos años, pero estamos condenados a perder. Nuestro cuerpo sigue vivo, pero tarde o temprano el alma acaba recibiendo un golpe mortal. Un crimen perfecto, no sabemos quién asesinó nuestra alegría, qué motivos lo provocaron, ni dónde están los culpables.

Y esos culpables, que no dicen sus nombres, ¿serán conscientes de sus gestos? Creo que no, porque ellos tam-

bién son víctimas de la realidad que han creado, aunque sean depresivos, arrogantes, impotentes y poderosos.

No entienden y no entenderían nunca el mundo de Athena. Menos mal que lo digo de esta manera: el mundo de Athena. Por fin voy aceptando que ella estaba aquí de paso, como un favor, como alguien que está en un bonito palacio, comiendo lo mejor, consciente de que no es más que una fiesta, de que el palacio no es suyo, de que la comida no se compró con su dinero, y de que, en un momento dado, las luces se apagan, los dueños se van a dormir, los empleados vuelven a sus habitaciones, la puerta se cierra, y estamos otra vez en la calle, esperando un taxi o un autobús, de vuelta a la mediocridad del día a día.

Estoy volviendo. Mejor dicho: una parte de mí está volviendo a este mundo en el que sólo tiene sentido lo que vemos, tocamos y podemos explicar. Quiero otra vez las multas por exceso de velocidad, la gente discutiendo en la caja del banco, las eternas quejas por el tiempo, las películas de terror y las carreras de Fórmula 1. Ése es el universo en el que tendré que convivir el resto de mis días; me voy a casar, voy a tener hijos, y el pasado será un recuerdo lejano, que al final me hará preguntarme durante el día: ¿cómo pude estar tan ciego, cómo pude ser tan ingenuo?

También sé que, durante la noche, una parte de mí vagará en el espacio, en contacto con cosas que son tan reales como la cajetilla de tabaco o el vaso de ginebra que tengo frente a mí. Mi alma bailará con el alma de Athena, estaré con ella mientras duermo, me despertaré sudando, iré a la cocina a beber un vaso de agua, entenderé que para combatir los fantasmas hay que usar cosas que no formen parte de la realidad. Entonces, siguiendo los consejos de mi abuela, pondré una tijera abierta en la mesilla de noche para cortar la continuación del sueño.

Al día siguiente veré la tijera con cierto remordimiento. Pero tengo que adaptarme de nuevo a este mundo, o acabaré volviéndome loco.

**Andrea McCain,
treinta y dos años,
actriz de teatro**

«Nadie puede manipular a nadie. En una relación, ambos saben lo que hacen, aunque uno de ellos vaya después a quejarse de que ha sido utilizado».

Eso es lo que decía Athena, pero se comportaba de manera contraria, porque fui utilizada y manipulada, y no tuvo consideración alguna por mis sentimientos. La cosa es todavía más seria cuando hablamos de magia; después de todo, era mi maestra, encargada de transmitir los misterios sagrados, despertar la fuerza desconocida que todos nosotros poseemos. Cuando nos aventuramos en este mar desconocido, confiamos ciegamente en aquellos que nos guían, creyendo que saben más que nosotros.

Pues puedo asegurar que no. Ni Athena, ni Edda, ni la gente que conocí a través de ellas. Ella me decía que aprendía a medida que enseñaba, y aunque yo al principio me resistía a creerlo, más tarde me convencí de que quizá pudiera ser verdad. Acabé descubriendo que era otra de sus muchas maneras de hacer que bajásemos la guardia y nos entregásemos a su encanto.

La gente que está en la búsqueda espiritual no piensa: quiere resultados. Quiere sentirse poderosa, lejos de las masas anónimas. Quieren ser especiales. Athena jugaba con estos sentimientos ajenos de manera aterradora.

Me parece que, en el pasado, sintió una profunda admiración por santa Teresa de Lisieux. La religión católica no me interesa, pero por lo que he oído, Teresa tenía una es-

pecie de comunión mística y física con Dios. Athena mencionó una vez que le gustaría que su destino se pareciese al de ella: en ese caso, debería haber entrado en un convento y dedicar su vida a la contemplación y al servicio de los pobres. Sería mucho más útil al mundo, y mucho menos peligroso que inducir a la gente, a través de música y rituales, a una especie de intoxicación que puede llevar a entrar en contacto con lo mejor, pero también con lo peor de nosotros mismos.

Yo la seguí en busca de una respuesta al sentido de mi vida, aunque lo disimulase en nuestro primer encuentro. Debería haberme dado cuenta desde el principio de que a Athena eso no le interesaba mucho; quería vivir, bailar, hacer el amor, viajar, reunir gente a su alrededor para demostrar lo sabia que era, exhibir sus dones, provocar a los vecinos, aprovecharse de todo lo que tenemos de más profano, aunque intentase darle un barniz espiritual a su búsqueda.

Cada vez que nos veíamos, para ceremonias mágicas o para ir a un bar, yo sentía su poder; casi era capaz de tocarlo, dada la fuerza con la que se manifestaba. Al principio me quedé fascinada, quería ser como ella. Pero un día, en un bar, ella empezó a hablar sobre el «Tercer Rito», relacionado con la sexualidad. Lo hizo delante de mi novio. Su pretexto era enseñarme. Su objetivo, según mi opinión, era seducir al hombre que yo amaba.

Y claro, acabó consiguiéndolo.

No es bueno hablar de la gente que ha pasado de esta vida al plano astral. Athena no tendrá que rendirme cuentas a mí, sino a todas aquellas fuerzas que sólo utilizó en beneficio propio, en vez de canalizarlas hacia el bien de la humanidad y su propia superación espiritual.

Y lo que es peor: todo lo que empezamos juntas podría haber resultado bien, si no hubiese sido por su exhibicionismo compulsivo. Si se hubiera comportado de una manera más discreta, hoy estaríamos cumpliendo juntas esa misión

que nos fue confiada. Pero no podía controlarse: se creía dueña de la verdad, capaz de sobrepasar todas las barreras utilizando solamente su poder de seducción.

¿Cuál fue el resultado? Que me quedé sola. Y no puedo abandonar el trabajo a la mitad, tengo que llegar hasta el final, aunque a veces me sienta débil, y casi siempre desanimada.

No me sorprende que su vida terminara de esa manera: vivía flirteando con el peligro. Dicen que las personas extravertidas son más infelices que las introvertidas, y necesitan compensarlo demostrándose a sí mismas que están contentas, alegres, a bien con la vida; al menos, en su caso, este comentario es absolutamente correcto.

Athena era consciente de su carisma, e hizo sufrir a todos los que la amaron.

Incluso a mí.

**Deidre O'Neill,
treinta y siete años, médica,
conocida como Edda**

Si un hombre que no conocemos de nada nos llama hoy por teléfono, charlamos un poco, no insinúa nada, no dice nada especial, pero aun así nos presta una atención que normalmente no recibimos, somos capaces de acostarnos con él esa misma noche relativamente enamoradas. Somos así, y no hay nada de malo en ello; es propio de la naturaleza femenina abrirse al amor con gran facilidad.

Fue ese amor el que me llevó a encontrarme con la Madre cuando tenía diecinueve años. Athena también tenía esa edad cuando entró por primera vez en trance a través del baile. Pero eso era lo único que teníamos en común: la edad de nuestra iniciación.

En todo lo demás éramos total y profundamente distintas, principalmente en nuestra manera de lidiar con los demás. Como su maestra, siempre di lo mejor de mí, para que pudiera organizar su búsqueda interna. Como amiga — aunque no tenga la seguridad de que ese sentimiento fuera correspondido—, intenté alertarla del hecho de que el mundo todavía no estaba preparado para las transformaciones que ella quería provocar. Recuerdo que perdí algunas noches de sueño hasta que tomé la decisión de permitirle actuar con total libertad, siguiendo lo que su corazón le dictaba.

Su gran problema era ser una mujer del siglo XXII, viviendo en el siglo XXI, permitiendo que todos lo viesen. ¿Pagó un precio? Sin duda. Pero habría pagado un precio mucho